

con acento

Armas ligeras de destrucción masiva

Juan Antonio Irazabal

La supuesta existencia de armas de destrucción masiva en Irak ha centrado el debate político mundial de estos dos últimos años y ha originado una guerra de la que sus iniciadores no acaban de ver la salida. Mientras tanto, el comercio de armas ligeras apenas merece de vez en cuando unas pocas líneas en los diarios (hace algunas semanas, apareció una escueta noticia según la cual munición española de muy grueso calibre había sido exportada a África bajo la etiqueta de «munición de caza»; la noticia fue pronto desmentida por fuentes oficiales). Mientras tanto también, las armas ligeras siguen cobrándose miles de víctimas humanas. Siguen desestabilizando regiones enteras del globo e impidiendo en ellas el desarrollo económico. Aunque no lo digan los políticos ni prácticamente lo recojan los medios de comunicación, la destrucción masiva, desde 1945, es obra, sobre todo, de las armas ligeras. Las cifras son escalofriantes y prácticamente desconocidas. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, unos 30 millones de personas han muerto en los

diferentes conflictos armados, 26 millones de ellas por armas ligeras. El 90% de las víctimas eran civiles, la mayor parte de las veces en conflictos de carácter interno. Finalizados esos conflictos, las armas ligeras continúan produciendo víctimas porque quedan en manos de mafias y de bandas incontroladas. Según cifras del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), cada minuto muere una persona por arma ligera o de pequeño calibre, es decir, unas 500.000 personas al año, 200.000 de ellas en países que no están en guerra.

Actualmente, dos regiones africanas, los Grandes Lagos y el Cuerno de África, son las que están pagando el más alto tributo a la proliferación de armas ligeras. Por ello, con el fin de combatir la circulación ilícita de estas armas en África Central, se reunió a fines del pasado mes de noviembre, en Mombasa (Kenya), una conferencia interparlamentaria organizada por el PNUD y la asociación de parlamentarios europeos en favor de África (AWEPA), con el fin de definir un plan de acción parlamentaria en este campo.

Dicha conferencia comenzó estableciendo un balance de las consecuencias negativas de la proliferación de las armas ligeras: dos millones de muertos (sin contar los de la guerra internacional de la República Democrática del Congo), millones de personas desplazadas de sus aldeas o refugiadas en otros países, miles de niños soldados, miles de huérfanos de la guerra o del sida –propagado sobre todo por los portadores de armas–, escuelas destruidas o abandonadas, campos en barbecho, mujeres y niñas violadas por soldados y por guerrilleros... Sociedades enteras desestructuradas, sin base material ni recursos, y a merced de la más absoluta impunidad. Una destrucción masiva por su extensión, su profundidad y sus consecuencias.

La humanidad vive en nuestros tiempos bajo la amenaza de más de 600 millones de armas de fuego (sin contar las de los cuerpos policiales y de seguridad), una proliferación armamentística que no parece preocupar demasiado. Desde su invención en 1947, se han producido unos 70 millones de Kalashnikovs (AK-47), el arma ligera por excelencia. En Estados Unidos hay más armas que personas y cada año salen al mercado más de cuatro millones de armas. Este país es también el principal productor y exportador

mundial de armas ligeras. Buena parte de la exportación de estas armas se realiza de manera fraudulenta con falsos destinatarios y falsas declaraciones destinadas a eludir los embargos y otras disposiciones legales.

También España exporta armas ligeras. En 2001 lo hizo por un valor de 15.000 millones de pesetas. Por productos, han subido enormemente las exportaciones de munición. Las cifras más preocupantes son las relativas a la venta de importantes cantidades de munición a África, más en concreto a la Comunidad Económica de África Occidental, en la que la moratoria de 1998 prohibía la importación, exportación y producción de armas ligeras. Llamen sobre todo la atención las exportaciones a Ghana, pequeño país al que, desde 1995, se ha vendido munición por más de 2.000 millones de pesetas, cuando era evidente que desde Ghana se estaban desviando armas y munición a países vecinos en conflicto, como Sierra Leona, Liberia, o incluso a la más lejana Angola.

En el tema de las armas, el discurso político no parece coincidir con los problemas reales. ■